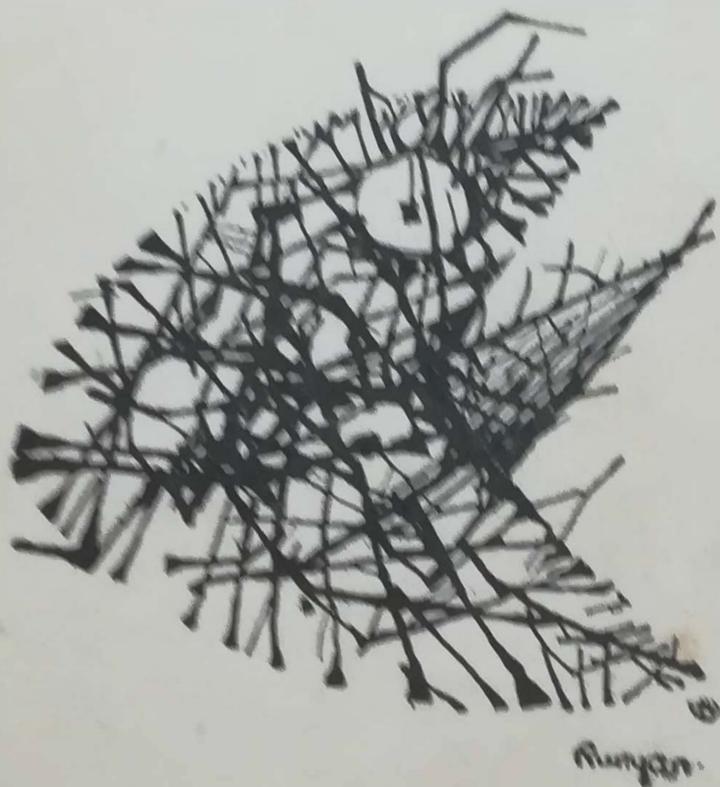


CUADERNOS

de arte y pensamiento

Juan Gallego†



REVISTA DE LAS FACULTADES
DE FILOSOFIA Y LETRAS

NUM. 4 - NOVIEMBRE 1960

CUADERNOS

arte y pensamiento

Director

César García Martín

Redactor Jefe

Jesús G. de Dueñas

Secretario de Redacción

Agustín García Tirado

Redactores:

V. Bozal Fernández

J. García de Dueñas

César Santos Fontenla

Alain Rouquié

Edita:

**S. E. U. de la
Facultad de Filosofía y Letras
de Madrid**

Revista Mensual

**Redacción y Administración:
Facultad de Filosofía y Letras
Ciudad Universitaria
Madrid.-3**

CAMPOS DE NIJAR

DE JUAN GOYTISOLO

Esta última obra de Juan Goytisolo ilustra con suficiente precisión sobre un movimiento literario que últimamente se ha extendido a la labor creacional de los autores españoles. Me refiero a lo que ha venido llamándose «las nuevas técnicas», «la novela objetiva»..., formulaciones que han encontrado su mejor exposición en el ensayo de José María Castellet «La hora del lector» e incluso en un trabajo del propio Goytisolo: «Problemas de la novela». De hecho, la nueva promoción de novelistas españoles se ha agrupado, no podía ser de otra forma, en esta corriente novelística que pretende ser un reflejo de la sociedad en que se realiza la obra, mostrando la situación de esa sociedad no en su aspecto estático e inmutable, sino precisamente en su continuo desarrollo, en su constante evolución, en su perpetuo devenir. Se tiende así a dar sentido, a tratar de ir estructurando la realidad que nos circunda que en sí misma está sometida a cambio, que está asentada sobre estructuras provisionales que han de dar paso forzosamente a otras nuevas. Vemos, pues, que si el arte y la literatura están inmersos en esta realidad fluente es obligado aceptar este condicionamiento y reflejar con la máxima objetividad la realidad que está «haciéndose a nuestro alrededor». Con estos presupuestos iniciales, el novelista ha de aplicar una técnica constructiva que haga inteligible la nueva visión del mundo a plantear. Se asiste, como lo observaba Castellet, a una progresiva desaparición del autor para dar paso a la hora del lector. El novelista ha de limitarse a exponer la realidad tal como se desarrolla a su alrededor sin intervenir, como los novelistas de la escuela psicológica, en el sentido dramático de la obra. Llegados a este punto es necesario observar que tanto la teoría de Castellet (expuesta en «La hora del lector» y en la «Antología de la poesía española») como la de Goytisolo (defendida en «Problemas de la novela») exigen una detenida crítica que examine la validez de los supuestos en que se apoyan ambos autores para construir sus afirmaciones. Baste por el momento

la exposición de los puntos principales de esa teoría para poder tener una base mínima sobre la que hacer esta crítica.

Campos De Níjar relata un viaje del autor a ese sector de la tierra almeriense. Los paisajes, los pueblos, los hombres, los actos minúsculos, cotidianos, ocupan el contenido de este libro, en el cual el autor procura escudarse en la tercera persona, refiriéndose frecuentemente a «el viajero» para hacer comprender al lector su deseo de mantenerse al margen de las situaciones en las que, por otra parte, se encuentra absolutamente comprometido. Esta es la primera nota que hay que señalar en el libro: la aparente impasibilidad del autor ante una vida y una tierra desheredadas, abandonadas a su incierto destino. En muy pocos momentos el autor pierde esa pretendida frialdad y entonces interviene para hacernos conocer su postura ante los hechos que se producen: «Tienen el rostro noble aquellos hombres. Una dignidad que transparenta bajo la barba de dos días y los vestidos miserables y desgarrados.» «Son las minorías selectas, no el pueblo, quienes suelen echar el dinero por la ventana —y hay muchas maneras de echarlo—. El pueblo no tiene más remedio que resignarse, y aun cuando secunde alegremente sus delirios, como según el papel en poder del señor Sánchez de Toca hizo el de la villa de Níjar, el hombre son las víctimas y quienes los culpables» (pág. 57). «Y bre de buena fe sabe distinguir, más allá de la anécdota, quienes los cuatro hablamos de las cosas que pasan por el mundo y nos excitamos de tal modo que elevamos la voz, damos gritos y el patrón tiene que cerrar la puerta» (pág. 84). «¿De quién son esos campos? —De don José González Montoya. Tó San José y el Cabo de Gata es suyo.

Argimiro habla bajando la voz y le contesto de igual manera y, mientras la mula avanza penosamente por el llano, intercambiamos confidencias hasta enardecernos y nuestras historias son siempre las mismas y acabamos por callarnos» (página 92). «Hablaban monótonamente, como si salmodiaran una letanía, y yo tenía que hacer un esfuerzo para escuchar. Quería decirles que, si éramos pobres, lo mejor que podíamos desear era ser también feos; que la belleza nos servía de excusa para cruzarnos de brazos y que para salir de nosotros mismos debíamos resistir la tentación de sentirnos tarjeta postal o pieza de museo» (pág. 137). A estos pocos ejemplos se reduce lo que podríamos llamar participación del autor en la acción del libro.

Sin embargo, es preciso observar, para que no haya malentendidos, que esta ausencia o esta pasividad del escritor no supone una despersonalización del mismo, o que la realidad reflejada podría ser expuesta de idéntica forma por un espec-

tador atento. Lo que el empleo de tal técnica narrativa implica se refiere a una particular concepción del estilo o, si se prefiere, al enfoque crítico desde el que se examina esa realidad. Ha de existir, forzosa, necesariamente, por parte del escritor, un compromiso con su sociedad que ha de manifestarse en la selección de los hechos que integrarán su obra y en el procedimiento narrativo que escoja para hacer a aquéllos inteligibles. Y, como dice Juan Goytisolo, «todo procedimiento novelístico perfecto deja de ser un procedimiento para convertirse en la expresión de una concepción inédita del hombre y del mundo». Precisamente es este punto el que nos parece absolutamente fundamental de todos los mantenidos por Castellet y Goytisolo. Y es a través del examen de ese procedimiento narrativo como llegaremos a aprehender la auténtica dimensión de «Campos de Níjar». Tomamos como punto de partida el mismo hecho de que sea el propio autor uno de los personajes que aparecen en el relato, pero siempre, como ya se advirtió, sin que aparezca como carácter protagónico. Esto confiere al libro una particular sobriedad, un aire de reportaje cinematográfico en el que se nos informa sobre las condiciones de vida en aquella región. Los hechos se suceden de una forma parsimoniosa; nunca tienen un antecedente ni una consecuencia; asistimos a su desarrollo que se está verificando ante nuestra presencia gracias a la puntual anotación del autor. Es esta manera de acumular los hechos lo que constituye el armazón interno, la estructura estilística del libro, lo que nos informa sobre la particular concepción del mundo que tiene Goytisolo. Es en este desarrollo permanente de los acontecimientos donde percibimos una positiva actitud de integración, de fusión con una circunstancia venidera, que ha de generarse históricamente de los hechos señalados. No se trata, pues, de una simple actitud testimonial, como podría creerse después de una lectura superficial del libro, sino, como ya se ha dicho, de una actitud crítica ante una realidad cambiante que exige la puntualización de los aspectos que puedan crear un estado de cosas diferente y satisfactorio.

Es por esto por lo que el último libro de Goytisolo supone una contribución importante a la literatura narrativa contemporánea.

J. G. DE D.